

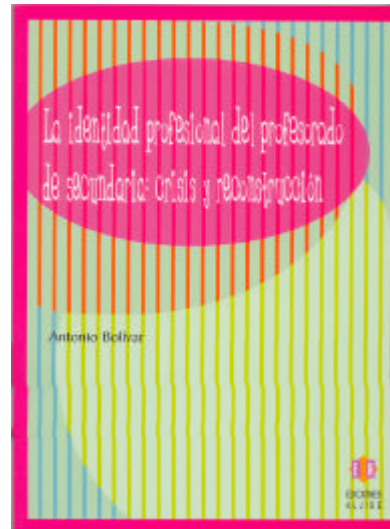


BOLÍVAR, A., *La identidad profesional del profesorado de secundaria: crisis y reconstrucción*. Aljibe, Archidona (Málaga) 2006, 260 páginas.

## Es el profesorado, tonto.

Por Julián Arroyo

Este trabajo es el resultado de una línea de investigación del grupo FORCE (Formación Centrada en la Escuela) en la Universidad de Granada. Noticias de tal investigación fueron apareciendo a partir del año 2003, que se completaron en formato de artículos en varias revistas desde el año siguiente. Por mi parte, tenía gran interés en conocer el análisis completo, que ahora ofrece este libro.



De una forma rigurosa, académica, pero clara y directa, Bolívar presenta aquí la situación de crisis como consecuencia de haberse quebrado la identidad del profesorado, y ofrece la mirada “desde las víctimas del sistema” (página 13). Un sistema del que el autor formó parte durante 13 años y que desde entonces sigue con verdadero interés desde su cátedra universitaria, manteniendo buenas relaciones con el profesorado de Secundaria, De hecho, escribe expresamente que su libro “quiere ser una expresión de un compromiso ético con los profesores y profesoras de Instituto tan injustamente tratados en las últimas décadas” (página 13). Hay que agradecer sinceramente tal afirmación, que no acostumbra a ser común entre el profesorado de la enseñanza superior, aunque las excepciones sean también muy significativas por provenir de los profesores más comprometidos con la educación. La exposición comienza con una primera parte, en la que su objeto de estudio es el tema de la *identidad*. Después de diseñar el marco contextual, dedica tres amplios capítulos a la delimitación del concepto de identidad, su construcción y la crisis de la misma en el profesorado de Secundaria. En el último entra de lleno en el asunto propuesto. Con una cita de Durkheim, Bolívar, que maneja la bibliografía especializada con la fluidez de un



verdadero experto, siluetea la crisis en la idea de que “un cuerpo docente sin fe pedagógica, viene a ser un cuerpo sin alma”. Es difícil encontrar mayor expresividad. Mucho tienen que ver en la crisis de identidad las reformas emprendidas en nuestro país desde 1980, que, por otra parte, parece que están agotando los contenidos a reformar, ya que tanto la LOCE del 2002 como la LOE del 2006 contienen pocas novedades, a excepción de lo que ahora se llama competencias básicas. El profesorado está igualmente harto de que las orientaciones de los dos grandes partidos que nos han gobernado sucesivamente contemplen la educación desde sus propios intereses y no hagan de ella un asunto de Estado. Los impactos de semejante proceder en el profesorado, los Institutos, la docencia, el alumnado y las familias acaban siendo brutales, dejando cada vez más cadáveres en el camino. La tesis de Bolívar es que existe relación entre “la teoría de la identidad profesional” y “las formas identitarias generadas con motivo de los cambios educativos” (página 102). Desde luego que esto no es simplemente su opinión, sino el resultado clamoroso de la investigación que ha llevado a efecto.

La segunda parte describe de manera mucho más directa cómo vive la crisis el profesorado desde las voces que se escuchan. Expone la metodología de la investigación que han venido trabajando en el grupo, con el estudio del caso, la entrevista biográfica y los grupos de discusión. Entre los componentes de la identidad profesional encuentra la autoimagen, el reconocimiento social, el grado de satisfacción, las relaciones sociales en el Centro, la actitud ante el cambio, las competencias profesionales y las expectativas del futuro en la profesión. Paralelamente describe con detalle cómo se construye la identidad profesional y recurre a la trayectoria de vida, la historia profesional, la formación recibida y la crisis de identidad.

Los elementos enumerados anteriormente le permiten llegar a algunas conclusiones importantes. La primera es la constatación de que ha terminado el modelo clásico de enseñanza sin que haya aún otro modelo alternativo. De acuerdo, pero con la matización de si es que no se han propuesto otros, o no han funcionado, o las resistencias varias los han neutralizado. Creo que la LOGSE sí propuso algún modelo, que fue acogido, incluso con entusiasmo al principio y después se fue desinflando. No



estoy seguro de si falló por su maldad interna, porque no se dieron las condiciones adecuadas para su desarrollo, o porque implicaba cambiar tanto la organización de los Centros como las condiciones de trabajo del profesorado y su propio *estatus*. Como quiera que sea, hoy es necesaria una reestructuración de la identidad, que acabe con la tensión entre lo tradicional y lo nuevo y respete los contextos que se han producido.

Otra constatación es la del reconocimiento social de la labor del profesorado, asunto que me parece muy complejo, por más que sea absolutamente necesario. Habría que preguntar qué profesionales valora actualmente la sociedad y qué instituciones no son cuestionadas. En relación con esto sigo pensando que las condiciones de trabajo constituyen una de las variables más importantes de la valoración social. La sociedad reclama resultados del cumplimiento de objetivos y pagas en función de los mismos. Mas en este caso podemos convertir la escuela en un simple negocio, lo que nunca podrá ser la educación. Además, los padres trabajan en empresas que los tratan con criterios duros y severos, que no desean, por cierto, que sean aplicados igualmente a sus hijos. Quizás ellos tampoco funcionarían sin el control y la disciplina que traduce sus esfuerzos en el correspondiente salario. Con sus hijos, en cambio, todo suele ser permisividad y blandura. ¿Cómo resolver el dilema? ¿Qué hay que entender por una acción docente eficaz?

En cuanto al tema de la reconversión profesional que implica toda reforma, puede que las situaciones traumáticas producidas hayan alcanzado el límite. Llevamos ya cuatro grandes reformas en el espacio temporal de veinticinco años, es decir, a reforma por cada seis años como media. Esto no hay quien lo aguante y menos aún con las tres últimas, todavía en un espacio menor, y con la próxima, de cambiar el partido actualmente en el Gobierno. Estas situaciones son insostenibles humana y profesionalmente. A los mejores profesores del sistema sólo les queda hacer lo que puedan, adaptándose lo mejor posible. Se nos presenta así todo un horizonte desconcertante y, acaso, sin salida.

La tercera parte trata de la reconstrucción de la identidad. Aquí se hacen prudentemente algunas propuestas de mejora, con la siguiente advertencia: “Querer



hacer frente a nuevos desafíos, con recursos cada vez más limitados, no puede sino agudizar la crisis de identidad profesional” (página 2002). Entre otras, indica el autor la formación para reafirmar la identidad, la pertenencia al colectivo profesional, nuevas pautas de organización de los Centros y la alianza con las familias.

También hace referencia a algunas salidas, que contrasta con caminos imposibles, como “volver a viejos tiempos” y “levantar murallas” (página 231). Entre las salidas apunta las siguientes: la formación para la identidad profesional de la etapa de Secundaria, la dedicación al Bachillerato o la jubilación para el profesorado de larga trayectoria profesional, incentivar el trabajo del profesorado y el reconocimiento de la profesión docente (páginas 233 a 238). Y añade, además, la salvedad de que “demandar nuevos roles más allá de una profesionalidad ‘restringida’, sin duda necesarios, permaneciendo las actuales condiciones de trabajo y de formación, sólo contribuyen a incrementar la crisis descrita ahora manifestada de nuevas formas” página 245). Es un aviso sensato y ponderado de un profesional de la pedagogía en ejercicio, que las administraciones no deberían dejar pasar sin prestar la atención que merece.

Conviene no olvidar en este asunto que la situación depende de un conjunto de variables y que su solución no es nada fácil. En efecto, habría que hablar del contexto sociocultural de los alumnos y del propio Centro, de los recursos que se emplean, el clima del Centro, de su autonomía y de la moral de profesores y estudiantes, junto con las ayudas que puedan recibir.